



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Solemnidad de Corpus Christi

Ciclo B
02 de junio de 2024



Esto es mi Cuerpo.
Esta es mi Sangre

I. Notas exegéticas

Lectura del libro del Éxodo 24, 3-8

Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con ustedes

Estos versículos hacen parte de la escena posterior a la entrega de la Ley en el Sinaí. La alianza entre Dios y su pueblo, por su carácter bilateral, debe ser ahora ratificada por el pueblo. En esta ratificación Moisés despliega su papel como mediador entre Dios e Israel. Este compromiso se realiza en dos etapas: oral y ritual. En primer lugar, el pueblo escucha todas las palabras y los decretos del Señor y da una respuesta donde confirma su cumplimiento. En segundo lugar, esta confirmación debe sellarse mediante holocaustos y sacrificios. Moisés como intercesor ratifica las palabras del compromiso de Israel derramando la misma sangre de los sacrificios sobre el altar (que representa al Señor) y sobre el pueblo. Una misma vida, simbolizada en la sangre, y un mismo destino vienen compartidos por las partes que hacen alianza. Esa vida común se expresa en el cumplimiento de los preceptos de la Ley. Rebelarse a su seguimiento traerá como consecuencia el fin de la alianza y la pérdida de la comunión con el Dios de Israel.

Salmo 116,12-13. 15 y 16bc. 17-18 (R.:13)

Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor

En esta parte final del salmo 116, el orante aclama al Señor por los beneficios recibidos. Pretende, asimismo con su reflexión, devolver en parte a su Dios los bienes que le han sido otorgados. El texto propone así dos acciones: una, realizar un rito de alabanza, simbolizado en levantar la copa e invocar al mismo tiempo el nombre del Señor. Este ritual entrará a formar parte tanto del shabbat como de la pascua judía y posteriormente de la eucaristía cristiana. Y





dos, asegurar en el futuro el cumplimiento de las promesas hechas al Señor. La perfecta acción de gracias se concreta en dos actitudes: por un lado, la alabanza agradecida y por otra, la fidelidad a lo prometido. Las dos son acciones complementarias de un solo movimiento de alabanza. El salmista afirma así que las acciones rituales de sacrificios y ofrendas, aunque valiosas, permanecen incompletas si no vienen acompañadas de la acción de gracias y la fidelidad futura.

Lectura de la carta a los Hebreos 9, 11-15

La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia

El autor de la carta a los Hebreos hace aquí una relectura del famoso rito de la expiación, contenido en el capítulo 16 del Levítico, y revivido una vez al año en el día del Perdón (Yom Kippur). En esta fiesta, el Sumo Sacerdote entraba en el Santo de los Santos del Templo de Jerusalén con la sangre de un cordero ofrecido en expiación por los pecados del pueblo, asperjaba esa sangre sobre el propiciatorio y pronunciaba solemnemente el nombre de Dios. Se aseguraba así el perdón de los pecados. Para el autor, este rito tiene su cumplimiento en Cristo, quien asegura la expiación definitiva como único Sumo Sacerdote. Al entrar en el santuario verdadero (el cielo, morada de Dios) ofrece su propia sangre y así, aparece al mismo tiempo como sacerdote y víctima auténtica. En esta sangre entregada gratuitamente es posible ofrecer un culto nuevo, libre de mancha, ante Dios. En Él, por su entrega generosa, se superan los ritos antiguos para inaugurar una nueva alianza.

Lectura del santo evangelio según san Marcos 14, 12-16. 22-26

Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre

Este pasaje hace parte de las escenas iniciales de la pasión de Marcos, un relato con una fuerte unidad literaria y teológica. Dos escenas complementarias conforman este evangelio: la preparación de la cena pascual y su celebración. En los Sinópticos, la última cena de Jesús se inserta dentro del rito de la pascua judía. Los signos centrales de esta cena (pan y vino) deben ser interpretados desde su significado dentro del rito pascual judío. El pan sin levadura constituye el signo por excelencia de la prisa, la esclavitud y la opresión. El vino en cambio es expresión de la libertad y la entrada en la celebración gozosa. La cena pascual se manifiesta entonces como un rito de paso entre la esclavitud y la libertad vivida por Israel en el éxodo de Egipto. Jesús, en su última cena, hace aparecer estos dos signos bajo un nuevo significado





(cuerpo y sangre). Con ellos se introduce a los comensales en la vida misma de Cristo. El que toma parte en la nueva pascua participa de la entrega de Cristo, es decir, de su amor en favor de muchos. El paso de la esclavitud a la libertad viene resignificado por Cristo en su paso de la muerte a la vida. Esta vida nueva, se proyecta más allá de esta dimensión terrenal hasta abrirse hacia el ingreso definitivo en el Reino eterno de Dios.

II. Pistas homiléticas

- **Eucaristía, alianza nueva en el perdón:** por medio de su entrega amorosa, Cristo nos ha hecho ingresar en una nueva alianza con Dios. En la segunda lectura la muerte de Cristo viene leída a la luz de su objetivo último: alcanzar el perdón definitivo de los pecados que en la primera alianza debía hacerse por medio de sacrificios y ritos. La oblación amorosa de Cristo, significada en la eucaristía, se nos presenta entonces como participación en una alianza nueva, establecida en el perdón como don gratuito y no en la buena voluntad, los sacrificios personales o la integridad moral.
- **Eucaristía, encuentro único con Jesús:** la institución de la eucaristía durante la última cena subraya que el pan y el vino no son cualquier tipo de elementos, sino que vinculan al creyente a Cristo de forma personal y profunda. Más que una cena de amistad o un encuentro entre amigos, la eucaristía nos introduce en la entrega de Cristo y nos conduce solamente hacia Él. Ante todo, este domingo es una ocasión especial para enfatizar el valor único de la misa como encuentro personal y comunitario con el mediador definitivo entre Dios y los hombres: Jesús.
- **Eucaristía, ingreso en la tierra prometida:** nuestra sociedad, que sufre un proceso de creciente secularización, considera que la dimensión escatológica de la fe debería ser cancelada o por lo menos ignorada. El paraíso tendría que ser construido en esta tierra mediante nuestros esfuerzos y trabajos en favor de la fraternidad y la concordia. No existiría así una dimensión eterna de nuestras acciones sino solamente aquello que vivimos en el aquí y el ahora. Frente a esta tentación contemporánea, este domingo la eucaristía aparece como camino de plenitud que nos introduce ya hoy en la realidad





celestial. El cuerpo y la sangre de Cristo anticipan el banquete del Reino futuro y eterno. No olvidar la trascendencia de nuestra participación eucarística da una nueva dimensión de esperanza a nuestras vidas cotidianas y nos proyecta al encuentro definitivo con el Señor.

- **Eucaristía, motivo de alabanza:** el salmo que escuchamos este domingo hace aparecer una dimensión de la celebración eucarística frecuentemente olvidada: la alabanza como medio de expresión de la fe. Alabanza no significa solamente cantos festivos o de exultación, alabanza es ante todo conformidad gozosa con la voluntad de Dios que se presenta semana tras semana. La eucaristía hace pasar nuestra vivencia de la fe de una aceptación resignada y quejumbrosa de las contradicciones diarias a una dimensión de agradecimiento profundo también por los hechos que no encajan en nuestro querer racional o en los sentimientos inmediatos.
- **Eucaristía, entrega de la vida divina:** tantas búsquedas en nuestra sociedad se basan en el deseo de tener una vida nueva, actitudes nuevas para enfrentar los problemas cotidianos. Hoy, se nos invita con esta celebración a compartir una misma sangre, es decir, una misma vida con Cristo. No es la vida que cada uno construye por sus propios medios sino la vida única del Hijo de Dios. La vida divina que puede actuar dentro de nuestra propia vida. En las actitudes cotidianas, por efecto de la eucaristía, podrán aparecer las mismas actitudes de Cristo, expresión del amor de Dios para cada uno de nosotros.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, la Iglesia nos invita hoy a profundizar en el misterio de la Eucaristía, sacramento en el que Jesucristo se nos da como alimento espiritual, en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor. En esta fiesta, contemplamos y adoramos el don maravilloso de su presencia real en medio de nosotros, bajo las especies del pan y del vino, misterio que nos une más profundamente a Él y entre nosotros como comunidad de creyentes. Con el corazón agradecido y lleno de fe, dispongámonos a participar en esta Santa Misa, reconociendo nuestra necesidad de su amor y misericordia y que el Espíritu Santo nos ilumine y nos llene de alegría y paz en esta celebración.

Monición a las lecturas

La Palabra nos invita a reflexionar sobre el misterio de la Eucaristía, fuente y culmen de nuestra fe. La sangre rociada por Moisés sobre el pueblo, símbolo de la unión y compromiso entre Dios y los israelitas, prefigura la Nueva Alianza que Cristo sellará con su propia sangre: Él es el Sumo Sacerdote por excelencia, cuyo sacrificio es perfecto y definitivo, aquel que nos da la vida eterna. Dispongámonos a escuchar esta Palabra con un corazón abierto y agradecido, alimento para nuestra vida.





Oración de fieles

Presidente

En este día solemne en el que celebramos la presencia real de Cristo en la Eucaristía, elevemos nuestras oraciones a Dios Padre, que nos ha dado a su Hijo como alimento espiritual. A cada petición nos unimos diciendo:

R/: Tú que nos das a Jesucristo, alimento de vida eterna, escúchanos Señor.

1. Por la Iglesia universal para que, fortalecida por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sea siempre signo de unidad y de amor en el mundo, roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes de las naciones, para que trabajen incansablemente por la justicia, la paz y el bienestar de todos los pueblos, especialmente de los más necesitados, roguemos al Señor.
3. Por los que sufren en cuerpo o espíritu, para que encuentren consuelo y esperanza en la Eucaristía y sientan la cercanía de Cristo en sus vidas, roguemos al Señor.
4. Por nuestra comunidad (parroquial) para que, al participar en esta celebración eucarística, se fortalezca en la fe y en el compromiso de vivir el mandamiento del amor fraterno, roguemos al Señor.
5. Por todos nosotros aquí reunidos, para que, al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, seamos transformados en verdaderos discípulos, llevando su amor y su paz a todos los que nos rodean, roguemos al Señor.

Presidente

Dios de bondad y misericordia, que en la Eucaristía nos das el mayor de los dones, tu Hijo amadísimo, escucha nuestras oraciones y concédenos lo que te pedimos con fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

